

# H i s t o r i a   d e   l a   a n t r o p o l o g í a

---

## Maestro de máscaras: Cuatro imágenes de Bronislaw Malinowski en el siglo xx

Juan Carlos Orrego Arismendi

Departamento de Antropología

Universidad de Antioquia

Dirección electrónica: jorrego@geo.net.co

Orrego Arismendi, Juan Carlos. 2008. "Maestro de máscaras: cuatro imágenes de Bronislaw Malinowski en el siglo xx". En: *Boletín de Antropología* Universidad de Antioquia, Vol. 22, N.º 39, pp. 335-350.  
Texto recibido: 21/01/2008; aprobación final: 28/04/2008.

**Resumen.** Sin que pueda discutirse el carácter canónico, en la historia de la antropología, de la obra del polaco Bronislaw Malinowski (1884-1942), es necesario admitir que la imagen de este autor atravesó, a lo largo del siglo xx, por crisis y apogeos que le significaron una evidente heterogeneidad. Así, la perdurabilidad de la fama de Malinowski se apoyó sucesivamente en las figuras del teórico, el metodólogo, el escritor y el personaje literario.

**Palabras clave:** Bronislaw Malinowski, historia de la antropología, teoría antropológica, funcionalismo británico, etnografía, escritura en antropología.

### The master of masks: four images of Bronislaw Malinowski in the 20th century

**Abstract.** Without refuting the canonic carácter of the work of the Polish Bronislaw Malinowski (1884-1942) in the history of anthropology, it is necessary to recognize that the image of the author passed throughout the 20<sup>th</sup> century between crisis and fame which means a very evident heterogeneity, such that the fame of Malinowski is based successively on the figures of theoretician, methodologist, the writer and the literary personaje.

**Keywords:** Bronislaw Malinowski, history of anthropology, anthropological theory, British functionalism, ethnography, writing in anthropology

## Introducción

Es una constante que en tratados actuales de historia antropológica se reconozca al polaco Bronislaw Malinowski (1884-1942) como fundador de una versión moderna de la ciencia del hombre, o cuando menos del trabajo de campo profesional en su más aceptada modalidad; Rosana Guber, por ejemplo, no tiene problema en considerarlo como un “héroe etnográfico” que llevó a cabo la “misión civilizatoria” de la antropología social (Guber, 2001: 29). Sin embargo, Malinowski no ha sido un antropólogo célebre de un modo unívoco y regular: después de su muerte, cada época se ha explicado de diferentes maneras su talla de clásico. Aunque ha sobrevivido como hito aún en el siglo XXI, pareciera que el antropólogo polaco hubiera tenido que mudar de piel una y otra vez para hacerse visible a ojos de los críticos de diversas escuelas que han emprendido revisiones de su legado. Este artículo ilustra el sentido general de la sucesión de recepciones que se han tributado al autor; a un polifacético Malinowski cuyas caras, en las páginas de sus comentaristas, han sido paulatinamente la del teórico, el metodólogo, el escritor y el estafalario personaje novelesco.

## En teoría, un Mesías

Poco antes de la aparición de Malinowski en Inglaterra, en 1910, el panorama que allí ofrecía la antropología no era del todo halagüeño: el legado evolucionista dejado por el siglo XIX había perdido ya buena parte de su prestigio. Por un lado, la teoría animista con que Edward B. Tylor quiso explicar los albores del sentimiento religioso humano se antojaba demasiado especulativa para el gusto del nuevo siglo —¿la noción primitiva de ánima tenía que nacer necesariamente en experiencias oníricas con muertos o ausentes?— y, por otro, *The Golden Bough* (1890) de James George Frazer ya despertaba algunas sospechas, y no solo por el abuso del método comparativo con que su autor, en un mismo párrafo, se paseaba entre Nueva Caledonia y Finlandia con escalas en Borneo y algún enclave inca, sino por la manera despectiva como había condenado las antiguas modalidades del saber nativo, etiquetando, por ejemplo, la magia como una “hermana bastarda de la ciencia” (Frazer, 1993: 76). El mismo Frazer, en una conferencia dictada en Liverpool en 1908, admitió que era necio pedirle a la antropología facultades adivinatorias a propósito del futuro o del pasado, crítica que, además de lo que tenía de mea culpa, aludía también a la reacción norteamericana contra la ensoñación evolucionista: aquel proyecto de Franz Boas de reconstruir la historia particular de cada pueblo antes de proceder a la generalización científica, empresa que recientemente Saurabh Dube ha calificado como “una disposición [...] pesimista, emocional, particularista y romántica” (Dube, 2006: 364).

La propuesta antropológica de Malinowski —quien, curiosamente, acababa de abandonar su carrera como físico y químico— tenía, pues, por qué verse galardonada con un rápido y sólido éxito: no solo ocurría que prometía una perspectiva teórica en que el evanescente fantasma de la historia se veía desplazado por una

sistemática reconstrucción de un presente cultural del que solo bastaba reconocer el entrelazamiento de sus instituciones, sino que metodológicamente, materializaba el ideal proyectado por los profesores de antropología de Cambridge que, como W. H. R. Rivers, a fines del siglo XIX habían viajado hasta el oceánico estrecho de Torres con el zoólogo Alfred C. Haddon para comprender que los antropólogos debían hacer sus pesquisas in situ y durante estadias especialmente prolongadas. La obra en que el polaco habría de cumplir con esas expectativas fue la que, después de organizar y analizar el material obtenido en sus tres temporadas etnográficas en Nueva Guinea (septiembre de 1914 a marzo de 1915, junio de 1915 a mayo de 1916 y octubre de 1917 a octubre de 1918), publicó bajo el sugestivo y mitológico título de *Argonauts of the Western Pacific* (1922), a la postre —y sin que quepa duda— su obra más célebre.

En el clásico libro, Malinowski documenta la fisiología, colores y sentidos del *Kula*, una institución intertribal en que los nativos de un circuito de muchas islas melanésicas condescienden a intercambiar brazaletes y collares de concha según un rigor ceremonial que, despojando la práctica de cualquier venalidad, la hace el modo expedito para obtener prestigio social y honda satisfacción de sí mismo. En el último capítulo de la obra, el autor confiesa que su interés por el *Kula* reside en que, al tratarse de un hecho inédito en el arrume internacional de descubrimientos etnográficos, hace necesario el surgimiento de una nueva teoría para explicarlo. Esa teoría es el funcionalismo, y las muchas páginas del libro han permitido divulgar su perspectiva, misma que puede resumirse en dos aspectos fundamentales: toda institución —o grupo de individuos que regula su comportamiento con un propósito específico— se revela funcional para la sociedad o sociedades que la han erigido, y su comprensión solo será posible cuando se establezcan sus conexiones con las otras instancias de la cultura que inextricablemente convergen en ella. Malinowski sugiere que las relaciones establecidas alrededor de la riqueza *vaygu'a* —esto es, las supradichas joyas en concha— por lugareños de islas incluso enemigas solo pueden hacerse inteligibles a condición de aislar y comprender la jerarquía social, la magia, la mitología, la horticultura, el comercio nativo y la institución náutica, y los centenares de páginas de su libro acometen esa demostración a través de documentadas ilustraciones; en palabras de Michel Panoff: “lo que se veía por vez primera descrito por un etnógrafo era el funcionamiento de una institución especial, observado en todas sus ramificaciones y a todos los niveles de la realidad social” (Panoff, 1974: 36).

Frazer saludó la publicación de *Argonauts of the Western Pacific* en el prefacio que le fue solicitado por el mismo Malinowski. Allí celebró que su colega eslavo acometiera una descripción de los isleños de Nueva Guinea que los reconocía como hombres complejos y con relieve, saludablemente alejados del estilo estereotipado de Molière, en cuyas piezas “Todos sus personajes están vistos en una sola dimensión: uno es avaro, otro hipócrita, otro un fatuo, etc., pero ninguno es un hombre. Todos son maniqués” (Frazer, 2001: 18). Mucho más le entusiasmó, en ese proyecto

que quería reconocer la autonomía de la vida nativa, el hecho de que conjuntos de prácticas que ya habían sido organizados bajo clásicos rótulos —“economía”, “magia”, etc.— por la antropología decimonónica, fueran ahora evaluados bajo nuevas luces, a salvo del sortilegio de anquilosados prejuicios. En efecto, en lo que respecta a instituciones de índole económica como el comercio y la horticultura, Malinowski despotrica con acritud de las teorías que o bien piensan en un salvaje remolón entregado a un muelle “comunismo primitivo” o bien suponen en él una actitud automática, pragmática y feroz a favor de la sobrevivencia; el etnógrafo, por el contrario, describe con minuciosidad los intrincados afectos de un isleño que sabe muy bien a quién y cómo regalar algo del producto de su cosecha o sus trueques, y asimismo un refinado sentido estético indígena que pide formas de sembrado específicas o denodadas excursiones en pos de un objeto determinado. El antropólogo polaco sabe que cualquier apariencia de desmesura o capricho en las cosas nativas es cortina de humo sobre su impertérrita funcionalidad.

En esa ecuanimidad del funcionalismo malinowskiano está, posiblemente, lo que los antropólogos del primer tercio del siglo xx vieron como su principal legado: por fin una teoría alcanzaba la redención para la vida no occidental, hasta entonces pensada como aberrante y caprichosa; las páginas de *Argonauts of the Western Pacific*, empeñadas en un ping-pong en que la pelota de la atención antropológica cae alternativamente sobre los habitantes de Oceanía y los de Europa, acaban por disolver las pretendidas diferencias entre quienes son, en últimas, la misma criatura biológica. El componente metodológico de la propuesta no se valoró entonces con el mismo entusiasmo, y posiblemente porque se conocían los antecedentes de algunas temporadas de campo en el siglo xix —eso sí, casuales algunas de ellas y, en fin, la mayoría por fuera de algún plan sistemático de observación<sup>1</sup>—, como la de Codrington en la isla Norfolk, la de Junod entre los ba-ronga, la de Callaway entre los amazulu, la de Gillen y Spencer en Australia Central, la de Rivers y Seligman en Melanesia y, claro, también las aventuras norteamericanas entre las que se destacaban la visita de Cushing a los zuñi, los contactos de Morgan con los iroqueses y las espaciadas temporadas de campo de Franz Boas en tierras de los kwakiutl. De hecho, Robert H. Lowie, en uno de los primeros ataques dirigidos contra Malinowski fuera del doméstico contexto británico, echa mano del asunto metodológico antes que de lo propiamente teórico. En *History of the ethnological theory* (1937), Lowie reconoce que no está en duda la importancia de los estudios sobre la integración de la cultura; sin embargo, con especial ironía se queja por el desprecio de la historia en las reconstrucciones del funcionalismo, y como si le pareciera una parte de ese doloroso capítulo, arremete con especial virulencia contra el proceder etnográfico del

---

1 Anota W. H. R. Rivers sobre una expedición suya a las Islas Salomón —en buena medida un caso paradigmático— que “gran parte de ese material se reunió durante apresuradas visitas, algunas de solo unas pocas horas de duración” (Rivers en Kaberry, 1974: 89, n. 3).

antropólogo polaco: “Malinowski resulta etnográficamente un provinciano incapaz de apartarse del teatro de las Islas Trobriand o a lo sumo de Australia y Oceanía, para acometer el estudio de la civilización con el fuerte espíritu comparativo que caracteriza a hombres como Tylor y Boas” (Lowie, 1946: 293).

### **Nada más (y nada menos) que un metodólogo**

Las críticas de Lowie contra las ejecuciones metodológicas de Malinowski no tuvieron, realmente, peso: si por un lado se hizo obvio el celo de escuela que mediaba en el ataque —se trataba de preservar el título del particularista histórico Franz Boas como padre de la etnografía moderna—, por otro estaba la prevención de base que los británicos tenían contra Lowie, a quien creían un enemigo gratuito del funcionalismo desde la publicación de *Primitive society* (1920), en cuyas últimas líneas Lowie se refiere a la civilización como una “suma de retazos y remiendos” no desintegrada solo por casualidad (Lowie, 1972: 302). En realidad, la crisis del funcionalismo se definió a raíz de las críticas adelantadas por los estructuralistas, quienes, como Claude Lévi-Strauss, desdeñaron las elucubraciones sistémicas de los británicos por creerlas incompletas y faltas de rigor semiótico. El etnólogo belga, por ejemplo, atacó en 1945 la propuesta del estructural-funcionalista A. R. Radcliffe-Brown sobre qué parientes integraban el átomo básico del parentesco y qué relaciones los unían, advirtiendo que, al no establecerse un modelo explicativo que integrara todos los signos sociales inherentes a esa reunión de parientes, era imposible conocer las variantes fundamentales de la estructura, única vía posible hacia la comprensión de los hechos de la cultura. Parecidas dudas albergó Edmund R. Leach a propósito de las explicaciones funcionalistas de Malinowski y Radcliffe-Brown, y, pareciéndole que delimitaban caprichosamente las instituciones que querían ver —o, mejor, las que sus categorías mentales les permitían ver— comparó su empresa teórica con una persecución de inalcanzables mariposas: a tal punto le pareció que no era aprehensible para los funcionalistas la realidad última de la cultura. En efecto, Malinowski se aproxima a ese desliz en el capítulo IV de *Argonauts of the Western Pacific*: allí asume con naturalidad que los trobriandeses invocan con plena conciencia los servicios complementarios de la ciencia y la magia para construir una canoa eficiente, y no se molesta en preguntarse si efectivamente existe, en la cabeza nativa, un límite que separe dos prácticas que, quizá, solo a luz del positivismo occidental no son la misma cosa.

Desde los tiempos en que el estructuralismo se tomó la escena de la formulación teórica en antropología, la valoración del funcionalismo cambió notablemente. Más o menos silenciada su pertinencia teórica —enjuiciada, también, por la candidez de haber supuesto que las estructuras sociales podían entenderse, casi, en una prístina pureza por completo ajena a la coyuntura del colonialismo—, se cobró una especial conciencia de su componente metodológico, esto es, aquella intensiva etnografía que vanamente había intentado enjuiciar Lowie y que prometía registrar hasta el más ínfimo piñón del engranaje cultural en funcionamiento. Así lo prueban dos ensayos

publicados casi dos décadas después de la muerte de Malinowski, a finales de la década del cincuenta: uno de Phyllis Kaberry sobre la contribución de Malinowski a la etnografía y otro de Max Gluckman sobre la obtención de los datos en la antropología social inglesa, ambos textos pródigos en minuciosas explicaciones sobre las estrategias de que se sirvió el antropólogo eslavo para recabar la información de la que se nutrieron sus libros. Kaberry, en 1957, es claro al señalar que “aunque nuestro interés se haya desplazado a problemas que a él no le preocuparon y aunque nosotros hayamos desarrollado nuevos esquemas de referencia, sus trabajos etnográficos siguen a pesar de todo constituyendo una reserva inagotable de datos útiles para fines comparativos. Más aún, Malinowski impuso un nivel nuevo de trabajo de campo intensivo” (Kaberry, 1974: 86).

Inicialmente, contra los antecedentes de las apresuradas visitas a campo de otros etnógrafos, Kaberry destaca la prolongada permanencia de Malinowski en Nueva Guinea, y sobre todo su sistema de estadías plurales a favor de una constante puesta a prueba de la información que se va recopilando, tal como lo sugiere el etnógrafo en el capítulo xvi de *Argonauts of the Western Pacific*, en que registra con satisfacción haber visto escenas de una expedición *uvalaku* de las que antes solo había recibido informes de terceros: “hacia el final de mi segunda visita tuve varias oportunidades de comprobar tales reconstrucciones siendo testigo de los hechos que ocurrían en la realidad, pues tras mi primer año de estancia en las Trobriand ya tenía redactados algunos de mis materiales” (Malinowski, 2001: 633-634). Kaberry anota que no es común la oportunidad de efectuar segundas visitas —“para la mayor parte de nosotros hasta la mera posibilidad [...] se pierde en el horizonte remoto y quizá ilusorio del futuro” (Kaberry, 1974: 92)—, y sabe que esa intensidad del trabajo fue definitiva para que Malinowski arribara a un conocimiento pleno de la lengua nativa.<sup>2</sup> También le merece consideración la conciencia con que Malinowski acometió el registro de los fenómenos cotidianos —los famosos “imponderables”— y cómo logró articularlos con reconstrucciones sociológicas de mayor calado. Describe el “método de documentación estadística de tendencias concretas”, el cual, luego de la recopilación de datos de diversa índole, el levantamiento de mapas sociológicos y la organización de todo tipo de inventarios, permite la construcción de los casos etnográficos que han de ilustrar la dimensión funcional de la vida en sociedad. Kaberry, además, sabe que la organización de los casos no es solo un esfuerzo analítico para integrar la información recabada, sino que también representan la columna vertebral de la escritura de la futura monografía: “Estos cuadros no eran para Malinowski un mero

---

2 Llama la atención que, en los ya citados apuntes críticos de Lowie sobre Malinowski, aquel vea en la capacidad idiomática del antropólogo polaco nada más que una juiciosa sujeción al paradigma etnográfico del particularismo histórico: “Su técnica de trabajo de campo está de acuerdo con las normas de Boas: aprendió el idioma de sus isleños, hizo un esfuerzo para vivir su vida, recogió de sus informantes datos concretos en vez de abstractos y los apuntó en su idioma” (Lowie, 1946: 281).

instrumento del trabajo de campo para asegurar la investigación más amplia posible de los hechos de interés, sino también una parte de la propia literatura etnográfica” (Kaberry, 1974: 94).<sup>3</sup>

Max Gluckman, a su vez, al hacer un balance sobre la obtención de los datos etnográficos a la conclusión de que “Malinowski es el verdadero padre de la moderna antropología inglesa”, aludiendo de algún modo, indirectamente, a la postergación de su aporte teórico frente a su desempeño metodológico: “La teoría es un aspecto de la ciencia; otro igualmente es el tipo de datos que se someten al análisis teórico. En esto Malinowski produjo un cambio revolucionario en la materia, aunque estudiosos de otros países trabajaran según sus mismas líneas” (Gluckman, 1975: 141). Naturalmente, destaca la experiencia de campo directa e intensa del polaco, y con más fruición que Kaberry se detiene en la explicación y comentarios del método de documentación estadística de casos específicos, mismo que Gluckman prefiere llamar “método de la ilustración adecuada” (Gluckman, 1975: 143). Para el crítico, la documentación del caso es imprescindible en la argumentación del antropólogo, e intuye, como Kaberry, que se trata de la columna vertebral de la monografía; eso sí, sabe que no todos los investigadores han comprendido, como Malinowski, que el sistema de casos documentados que conforman la exposición científica debe ofrecer una conexión regular, una secuencia en que las referencias se crucen y que pueda, en últimas, dejar sentir con realismo el proceso de la vida social. El mejor apoyo para el panegírico de Gluckman es la larga lista de antropólogos que, todavía varios años después de la muerte de Malinowski, apostaron por la construcción de casos en sus trabajos etnográficos: Fortes, Schapera, Freedman, Smith, Colson, Worsley, Mitchell, Wilson, Barnes y Turner, entre otros (véase Gluckman, 1975: 144 y ss.).

### **Words, words, words...**

La crisis de Bronislaw Malinowski el etnógrafo tendrá su piedra fundacional en 1967, con la divulgación póstuma de los diarios de campo rescatados por Valetta Malinowska, la viuda, y publicados en Nueva York bajo el título de *A Diary in the Strict Sense of the Term*. Los cuadernos del antropólogo revelaron, con la perfecta naturalidad de los escritos íntimos, la complejidad de una personalidad que se debatía entre el fervor científico y la tentación de los apetitos mundanos; un Malinowski que, aunque hacía lo posible por dirigir su acción hacia la comprensión de la vida

---

3 Vale la pena anotar que, en el cierre del artículo mencionado, Phyllis Kaberry intenta combatir las críticas, ya mencionadas, que los estructuralistas dirigieron contra el funcionalismo. Firme en su idea de que son sobre todo ventajas las que ofrece el paradigma empirista británico, escribe que “Los antropólogos que han usado un esquema conceptual solo estructuralista y que han tratado las estructuras como sistemas cerrados han de enfrentarse luego con el problema de establecer una relación entre sus modelos abstractos y la realidad empírica, con toda su complejidad” (Kaberry, 1974: 106).

nativa, una y otra vez se veía atacado por un profundo desprecio contra los isleños, un furibundo escepticismo frente a la empresa etnográfica, la tentación escapista de aislarse leyendo novelas en su tienda y el lancinante deseo que le suscitaban algunas lugareñas. Escribe, por ejemplo, el 26 de noviembre de 1917: “Sigo teniendo pensamientos salaces... pienso en la técnica del desfloramiento gradual... no tiene por qué ser un acto tan brutal como Maupassant lo describe. Pienso en E. R. M. cuando me complazco en excesos libidinosos de la imaginación y lascivias adulterinas, ¿cuáles serían mis sentimientos si ella...?” (Malinowski, 1989: 143). Otro pasaje, citado por casi todos los comentaristas del diario, ilustra sus momentos de escaso entusiasmo antropológico: “Igual que con la etnología: veo a los nativos profundamente desprovistos de interés e importancia, algo tan alejado de mí como la vida de un perro. Durante el paseo convertí en punto de honor el pensar qué estoy haciendo aquí” (Malinowski, 1989: 173).

Una temprana reseña de Clifford Geertz, publicada en el mismo 1967, llama la atención con energía sobre las desalentadoras confesiones del diario, definiendo a Malinowski como un “narcisista rezongón, preocupado por sí mismo e hipocondríaco, cuya camaradería con la gente con la que vivió era extremadamente limitada” (Geertz en Stanton, 1998: 507). En 1972, Michel Panoff, uno de los principales estudiosos de la obra del polaco, escribe en la introducción de la biografía crítica *Bronislaw Malinowski* que, en virtud de la divulgación del diario, “resulta difícil presentarlo como un modelo irreprochable a los ojos de quienes se preparan para llevar a cabo su primera misión etnográfica”, y más adelante habla de “su eclipse brutal como etnógrafo” (Panoff, 1974: 5). En el cuarto capítulo de la biografía, un comentario sobre *Argonauts of the Western Pacific*, Panoff se refiere al tema metodológico con menos entusiasmo del que habían mostrado sus colegas quince años atrás: si bien reconoce que Malinowski innovó la práctica etnográfica con sus largas estadias en campo y su decidida participación en la vida cotidiana de los isleños, está persuadido de que en él no había una completa “vocación de etnógrafo” (Panoff, 1974: 38). Pareciera, al menos parcialmente, como si el comentarista francés se interesara por dar a la defensa del polaco una nueva dirección: en las primeras líneas del citado capítulo apunta, a propósito de la clásica monografía de 1922, que “se encuentra en ella una verdadera maestría literaria” (Panoff, 1974: 35), y luego escribe que el carácter funcionalista del libro no es de índole doctrinal tanto como expositiva; a su juicio Malinowski es artista y erudito, y su honda reflexión contra los lugares comunes de la interpretación etnológica —todo lo relacionado, por ejemplo, con la ya referida economía primitiva— es posible gracias a la eficacia del libro como relato. La idea de un Malinowski escritor también está en Adam Kuper, quien en 1973 publicó *Anthropologist and Anthropology. The British School 1922-1972*, cuyo primer capítulo es un balance sobre la vida y obra de Malinowski; el escrito, en verdad, se caracteriza por su tono sereno y neutral —en las páginas más profanas del diario, más que motivo de escándalo, Kuper ve la manifestación de esperables



periodos de desazón—, pero aún así alude a la facilidad con que *Argonauts of the Western Pacific* puede ser considerado como “útil adición a la literatura” (Kuper, 1973: 24).

Serán los antropólogos norteamericanos del amanecer posmodernista de la ciencia del hombre —o como quiera que haya que llamar a quienes se interesaron por explorar la dimensión discursiva de la antropología— quienes sitúen definitivamente a Malinowski, otrora teórico y metodólogo, en la categoría de escritor. No deja de ser curioso que medio siglo atrás Robert Lowie, en la misma Norteamérica, llamara la atención sobre el hecho de que Malinowski estaba “Dotado de un sentido literario poco usual” (Lowie, 1946: 281). Ahora, sin embargo, Mary Louise Pratt, Clifford Geertz y James Clifford llevarán esa impresión muy cerca de sus últimas consecuencias. Pratt, en “Fieldwork in Common Places” (1986) reflexiona sobre la obra escrita de Malinowski desde un lugar de enunciación hartamente particular: el de quien, en defensa de la apócrifa memoria etnográfica *Shabono: A true Adventure in the Remote and Magical Heart of the South American Jungle* (1982) de Florinda Donner, alega que la verdad antropológica no tiene por qué, necesariamente, nacer de una comprobable estadía en campo. Su convicción sobre el valor de los libros de Malinowski poco tiene que ver, entonces, con el hecho de que el informe se desarrolle con organizada minuciosidad y sistemática morosidad descriptiva; más bien, a Pratt la seduce la voz libre de Malinowski, esa que, liberada desde la publicación del diario, insinúa que la verdad antropológica no tiene por qué estar amarrada al seguimiento, en el papel, de determinados parámetros estilísticos: un naufrago o un cautivo, por ejemplo, lejos de la escueta perspectiva científica y posiblemente desde los códigos de una expresividad superlativa, podrían estar en la mejor posición para comprender la cultura en que se han instalado. La narrativa personalizada de Malinowski —su voz de naufrago— es entonces la que permite la salvación de la autoridad de un sujeto que está en riesgo de sucumbir ante la excesiva teorización, la exigente confrontación con el otro e incontables fantasmas personales que reclaman las más disímiles respuestas. En palabras de Pratt: “El ‘yo’ [...] tiene muchas caras, una doble identidad, incluso, y escribe desde postulados en constante progresión analítica. Ello dota a sus trabajos de versatilidad y ayuda a la transmisión más completa de su cultura” (Pratt, 1991: 78).

No muy lejos de allí se sitúan las consideraciones de Clifford Geertz sobre Malinowski. Geertz, en *Works and Lives. The Anthropologist as Author* (1988), todavía deja sentir parte de las reservas que en su reseña de 1967 expresara ante la cruda sinceridad de los diarios de Malinowski: “¿cómo es posible extraer de toda esa cacofonía de noches de plenilunio y exasperantes nativos, nerviosismos momentáneos y depresiones asesinas, una auténtica descripción de un modo de vida ajeno? (Geertz, 1989: 88); sin embargo, ahora sabe que el “yo testifical” que actúa como focalizador en la narrativa del antropólogo polaco —el yo que persigue las nativas en las páginas del diario pero, también, el que en sus monografías dice haber

visto el arribo de una expedición *kula*— es el único recurso para hacer verosímil la versión del mundo de quien, irremediablemente escindido, quiere al mismo tiempo aparecer como “Cosmopolita Absoluto” y como “Perfecto Investigador” (Geertz, 1989: 89). La tesis fundamental del crítico norteamericano es que el antropólogo autor convence a sus lectores no tanto por el refinamiento científico de sus datos cuanto por su habilidad persuasiva como escritor, y así, Lévi-Strauss convence por su enciclopedismo, Evans-Pritchard por sus taimadas elipsis, Benedict por jugar a los arquetipos morales esópicos y Malinowski por presentarse como un testigo privilegiado del acontecer etnográfico. En esa medida, Geertz sabe que el aporte de Malinowski a la antropología no tiene que ver con métodos en campo sino con una estrategia de escritura: “Lo que se les ha legado no es, como tan a menudo se ha dicho, un método de investigación, la ‘observación participante’ (que resulta ser más un deseo que un método), sino un dilema literario, la ‘descripción participante’” (Geertz, 1989: 93).

### Un personaje de novela

Las consideraciones de James Clifford sobre la obra escrita del antropólogo polaco se conocieron en el artículo “On Ethnographic Self-Fashioning: Conrad and Malinowski” (1986), y aunque preceden a las reflexiones de Geertz, sus hondas implicaciones hacen conveniente un tratamiento especial en el presente ensayo. Como Pratt y Geertz, Clifford también ve en el diario de Malinowski la expresión de una personalidad compleja, plural y en abierta contradicción; sin embargo, su conclusión va mucho más allá de proponer una espontánea salida literaria ante la necesidad de conciliar lo dispar en el momento de la escritura monográfica. Clifford se remonta a una famosa frase—rescatada por Raymond Firth en la nota biográfica que hizo de su maestro— con que Malinowski quiso señalar las diferencias entre su perspectiva de antropólogo y la de sus contemporáneos: “Rivers es el Rider Haggard de la antropología; yo seré el Conrad” (Firth, 1974: 7). Identificándose con su compatriota novelista, Malinowski se adscribía a un filón de reflexión antropológica comprometido con una valoración biológica del hombre, y dejaba a sus colegas, más decimonónicos, el equívoco honor de representarse con un escritor que, como el autor de *King Solomon's Mines* (1885), tenía de las otras culturas una visión apenas materialista y exotista. Pero no se trató solo de una frase: según Clifford, existen pruebas de que Conrad y Malinowski se conocieron y de que el escritor “sentía una profunda afinidad” por las “opiniones” del antropólogo (Clifford, 2001: 125).

Sin embargo, de acuerdo con la tesis de Clifford, quien debía sentir admiración por las opiniones del otro era Malinowski. El crítico norteamericano sugiere en su artículo que Malinowski resolvió la múltiple fragmentación de su yo haciendo mimesis de las situaciones y procedimientos narrativos que conforman *Heart of Darkness* (1902), posiblemente la mejor novela de Joseph Conrad. Allí, Marlow realiza un arduo viaje al corazón del Congo en busca del señor Kurtz, antiguo administrador de

una factoría y quien ahora, por el deletéreo contacto con la selva, casi ha retrocedido hasta una existencia salvaje, y no se sabe si es un hombre irremediadamente perdido o si aún puede ser rescatado para la vida civilizada. Sin embargo, el hombre muere antes de ser llevado de regreso a Inglaterra, y Marlow queda marcado por esa experiencia: conoce que la vida organizada de los hombres es solo una alienación gratuita y deleznable, pero, como a la postre resulta más conveniente ponerse a salvo de tan siniestro descubrimiento, solo queda el recurso de entregarse hipócritamente a la vida de las convenciones sociales. En el cierre de la novela, ya en Inglaterra, se presenta ante la viuda de Kurtz y miente convenientemente sobre el destino del desdichado marido, ofreciendo la mejor explicación de su muerte. Malinowski, entonces, es a la vez Kurtz y Marlow: es Kurtz en su diario, esto es, un hombre real que no puede evitar vivir en riesgo de disolución o, por lo menos, en riesgo de confundirse en un estado de permanente y dolorosa escisión entre la molición y la ciencia. Clifford: “Tanto *El corazón de las tinieblas* como el *Diary* parecen retratar la crisis de una identidad, una lucha en los límites de la civilización occidental contra la amenaza de la disolución moral” (Clifford, 2001: 125). Y, dado que no puede explicarse una cultura para otros cuando uno mismo no posee la coherencia de una entidad propiamente dicha, es necesario fingir que se es íntegro y que se está en posición de comprenderlo todo, aunque lo único que se presente sea una falsa explicación del mundo, calculadamente satisfactoria y fingidamente serena. Tal es el papel de Marlow ante la viuda expectante, y no otro es el rol que reserva Malinowski para el convincente etnógrafo que narra *Argonauts of the Western Pacific*: un sujeto ficticio que, gracias a su farsa, preserva un sistema de valores que se apoya en la convicción de que es posible una comprensión objetiva del mundo. Clifford, sin ambages, apunta que “la ficción salvadora de Malinowski es la etnografía clásica de *Los Argonautas del Pacífico Occidental*” (Clifford, 2001: 126).<sup>4</sup>

Tres décadas atrás, Phyllis Kaberry había anotado con algún candor que Malinowski, en el desarrollo de *Argonauts of the Western Pacific*, ubicaba al lector en “la situación presenciada por él en el trabajo de campo” (Kaberry, 1974: 96). Las consideraciones de James Clifford obligan a replantear la situación, aunque bien es

---

4 En su artículo, Clifford busca semejanzas entre Malinowski y Conrad limitando el examen de la literatura de este a *Heart of Darkness*. La pesquisa, sin embargo, habría resultado especialmente fructífera si hubiese tenido en cuenta el relato “An Outpost of Progress” (1897), pues allí se ofrece, con toda claridad, la mejor sugestión para la futura teoría malinowskiana de las necesidades básicas del hombre: Kayerts y Carlier, abandonados —en nombre de su civilización— en un puesto africano de abastecimiento de marfil, asisten paulatinamente a la disolución de su compostura cultural y se encuentran cara a cara en su fuero animal, peleando ferozmente, hasta un desenlace fatal, por un cubo de azúcar. Por otro lado, la escena que da comienzo a tal aventura —los dos hombres han desembarcado y ven alejarse el vapor que los llevó hasta allí— es rescrita por Malinowski en la introducción de *Argonauts of the Western Pacific*: “Imagínese que de repente está en tierra, rodeado de todos sus pertrechos, solo en una playa tropical cercana de un poblado indígena, mientras ve alejarse hasta desaparecer la lancha que le ha llevado” (Malinowski, 2001: 42).

verdad que una lectura atenta de las palabras de Malinowski hubiera señalado, desde entonces o incluso antes, el camino que conducía a las conclusiones posmodernas sobre la obra escrita del antropólogo polaco. Desde la introducción de su *Argonauts of the Western Pacific*, Malinowski dispone los indicios que delatan el carácter ficticio de su “otro yo” focalizador: allí, sin más, invita a su lector a *imaginarse* que está en una isla. Durante el transcurso de la narración, en pasajes señalados, renovará esa insinuación, y dejará más o menos en claro que su expedición perfecta entre Sinaketa y Dobu en busca de *vaygu'a* jamás ha sido registrada en el fiel diario del etnógrafo atormentado, y que se trata nada más que de la imagen perfecta que un etnógrafo igualmente ideal ha formulado para todos. Malinowski no es, entonces, solo un escritor: es, también, su propio personaje.

La idea de que el perspicaz etnógrafo Bronislaw Malinowski sea nada más que un personaje de tinta y papel parece haber orientado los comentarios de otros críticos de la historia antropológica. Alberto Cardín, en el “Prólogo a la edición española” (1989) del diario, supone que un Malinowski minado y puesto a prueba por la difícil experiencia trobriandesa pretende aparecer de nuevo en Europa por completo fortalecido, y no encuentra un modo mejor de expresarlo que comparándolo con el protagonista de *Wuthering Heights* (1847), novela de la inglesa Emily Brontë: un personaje cuyo destino es, inicialmente, soportar las humillaciones arrojadas contra quien ha salido de la nada, y luego representar una versión mejorada de sí mismo; Cardín, entonces, habla del antropólogo polaco como si se tratara de “una especie de Heathcliff etnológico” (Cardín, 1989: 13). En la década siguiente, Gareth Stanton retoma una idea que ya había insinuado Adam Kuper en la semblanza crítica sobre Malinowski mencionada párrafos atrás, y sugiere que la celebridad del antropólogo se nutrió de una versión de su biografía que mejor parece “la leyenda del héroe”: un Malinowski enfermo leyó la obra cumbre de Frazer y abandonó su carrera de químico y físico para entregarse en cuerpo y alma —como cualquier Mesías— a la antropología (Stanton, 1998: 499). En su escrito, Stanton no podrá deshacerse de la obsesión de pensar a Malinowski empeñado en la construcción de una propia imagen de héroe, la cual estaría especialmente alimentada por sus relatos de etnógrafo en campo (y por sus fotografías, solo que Stanton parece no tener en cuenta aquella del apéndice de *The Sexual Life of Savages in North-Western Melanesia* [1929], relativamente obscena, en que el etnógrafo lleva las manos en jarra y una rodilla en alto que afirma un retador pie calzado con bota ante una asamblea nativa).

Finalmente, en *Crepúsculo de los ídolos en la antropología social: más allá de Malinowski y los posmodernistas* (2004), Witold Jacorzynski aporta los últimos elementos para considerar a Bronislaw Malinowski como un personaje literario. Por un lado, retoma aquella idea de Pratt de que a Malinowski le corresponde un estatus de náufrago o aventurero, pero en su presentación del razonamiento ajeno sugiere —acaso inconscientemente— algo que no es tan claro en la autora de “Fieldwork in Common Places”: que la naturaleza de náufrago de Malinowski no es precisamente la

de un naufrago real sino la de un naufrago literario como Robinson Crusoe; en otras palabras: más que un naufrago o cautivo efectivo entre los indígenas, Malinowski asume la versión alegórica de tales situaciones. Pero ya Clifford, con su análisis de la actitud de Marlow, ha señalado que en ese plano de simulación se puede ser más objetivo y razonable —o, por si persistiera alguna duda, solo recuérdese que Paul Ricœur ha establecido que en la mimesis también logra expresarse la verdad de la condición humana—; no gratuitamente, la novela de Daniel Defoe ha representado la situación del naufragio con más éxito que el testimonio de un naufrago real, trátese del Alexander Selkirk que inspiró *Robinson Crusoe* (1719) o de Luis Alejandro Velasco, el sobreviviente que permitió el moderno reportaje de Gabriel García Márquez, *Relato de un naufrago* (1970). Apagado el escándalo suscitado por el irreverente diario, el Malinowski que sobrevive en el siglo XXI es aquel que en *Argonauts of the Western Pacific* ha sabido reponerse de todas las dificultades y, como un narrador en primera persona suficientemente pagado de sí mismo, observa el desembarco de los aventureros dobueses en Sinaketa desde una privilegiada elevación costera.

Jacorzynski también echa mano de algunas ideas de Renato Rosaldo, quien sugiere que la insistencia de Malinowski en la observación participante, en la medida en que pide la difícil conciliación entre una persona desenfadada y un académico, lo moldea como un humano imposible, solo creíble como personaje escindido. Ante la provocación, Jacorzynski no duda en situar al antropólogo polaco al mismo nivel de dos célebres personajes de Robert Stevenson: “Una vez Malinowski se presenta como doctor Jekyll: quiere comprender la cultura nativa en su totalidad y elaborar una nueva teoría funcionalista. Otra vez se da a conocer como *mister* Hyde: acusa a los nativos de ‘brutos’ y se descubre lascivo hacia las mujeres trobriandesas” (Jacorzynski, 2004: 27). Por supuesto, esta y otras comparaciones de Jacorzynski otorgan a Malinowski la categoría de personaje literario solo en un sentido más o menos figurado: nada más en el sentido en que los roles por él asumidos en sus monografías o papeles personales son idénticos a los que corresponden a específicas criaturas de la ficción. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que Jacorzynski propone sus imágenes de un Malinowski naufrago o monstruo consciente de que, en últimas, también los textos críticos sobre escritura etnográfica son “literarios” (Jacorzynski, 2004: 18).

Hacia el final de la primera parte de su libro, el crítico alcanza el clímax que nunca imaginó Frazer y que ya habían entrevisto Geertz y sus colegas posmodernos: la prueba última de que una explicación final de quién haya sido Bronislaw Malinowski reposa, indudablemente, en la ficción. Como si extrajera de la manga el “as” definitivo para ganar la partida, Jacorzynski da noticias de la novela *622 upadki Bunga czyli demoniczna Kobieta* (1911) de Stanislaw Ignacy Witkiewicz, quien, amigo del antropólogo, lo plasmó en el personaje del príncipe Nevermore, “un parásito enorme pegado en el estómago del universo”, “maestro de máscaras” (Witkiewicz en Jacorzynski, 2004: 63).

La figura del príncipe Nevermore, elemento fundamental para hacer inteligible la vida y obra de Bronislaw Malinowski, sugiere que, más allá de un teórico, un metodólogo o un escritor, hay en escena un hombre desarraigado. Porque, de hecho, el de Malinowski fue un sino de impenitente movilidad: en su enfermiza infancia sobrellevó la rutina de viajar entre Cracovia y Zaconane, la capital veraniega de Polonia; joven antropólogo, contra sus previsiones, se vio obligado a radicarse en Oceanía al estallar la guerra; y en la madurez no tuvo otro remedio que renunciar a su pontificado académico en Londres para instalarse en el clima más salubre de Estados Unidos. Y un desarraigado aprovecha la oportunidad que le ofrece el ejercicio de la profesión de antropólogo: esto es, jugar a ser cualquier hombre —un nativo en alguna coordenada cultural del mundo o su infalible intérprete— cuando se tiene ya la certeza de que nunca más (Nevermore, *never more*) se volverá a ser lo que se era, acaso un químico y físico polaco o el hijo de un estudioso del folclor instalado pacíficamente en su bucólico país. En su prólogo especial a la tercera edición (1931) de *The Sexual Life of Savages in North-Western Melanesia*, una broma del mismo Malinowski sugiere la conciencia que tendría de su existencia proteica; en efecto, pensando que alguna vez fue, simultáneamente, jefe y subalterno del nascente funcionalismo, transcribe estos versos del poeta inglés William Schwenck Gilbert que lo suponen, de nuevo, acomodándose máscaras de personaje:

*Oh, I am the cook and the captain bold,  
And the mate of the Nancy brig,  
And the bo'sun tight  
And the midship mite,  
And the crew of the captain's gig...*

(Malinowski, 1971: 33).<sup>5</sup>

### A modo de conclusión

La naturaleza cambiante de la imagen de Bronislaw Malinowski en las páginas de la crítica e historia antropológica es, quizá, representativa de muchos casos similares dentro y fuera de los anales de la ciencia del hombre: el corto paso de un hombre por la historia —tanto como la brevedad de su obra— es materia indefensa frente a las veleidades propias de los intereses, expectativas y perspectivas de las épocas que se amontonan sobre su recuerdo. Así, las versiones sucesivas de un Malinowski ortodoxo y otro sumido en un personalísimo delirio de autor son, en sí mismas —esto es, como producciones de diversos críticos del siglo xx, ajenas por completo a las

---

5 En la misma edición referida se ofrece, en nota al pie, esta traducción de la estrofa: “Oh, yo soy el cocinero y el intrépido capitán, – Yo soy el piloto del bergantín *Nancy*: – Y el severo contra-maestre, – Y el guardiamarina polilla, – Y la tripulación toda del bote del capitán...” (Malinowski, 1971: 33).

intenciones del polaco—, evidencia de los intereses de una versátil teoría antropológica que ha caminado entre la pasión positivista y un innegable subjetivismo. En otras palabras: estudiar al Malinowski plasmado por los colegas que le sobrevivieron y sucedieron es ponerse en situación especial para estudiar las transformaciones de la teoría antropológica.

Quizá pueda decirse que la movilidad de la imagen de Malinowski lleva sobre sí un matiz especial de intensidad (es decir que, contra lo que apenas decíamos, acaso no se trate de aquel caso entre muchos): no siempre se está ante la figura más desarraigada de un oficio especialmente desarraigado. Posiblemente ello signifique una multiplicación exponencial de las versiones del estatus y función de este científico en su disciplina y, por qué no, ante la humanidad en general. Por lo menos, la transición entre los siglos xx y xxi no le ha ido a la zaga a ese impulso: en la serie de televisión *The Young Indiana Jones Chronicles*, en un episodio de 1994 —“The Treasure of the Peacock’s Eye, London/Egypt, November 1919”—, Bronislaw Malinowski aparece como el aventurero heroico de una época bárbara y remota.<sup>6</sup> Impensado destino para quien atravesó el globo con la idea de que allí encontraría los reflejos cálidos y tranquilos de su propia condición.

### Bibliografía

- Cardín, Alberto (1989). “Prólogo a la edición española”. En: Malinowski, Bronislaw. *Diario de campo en Melanesia*. Júcar, Madrid, pp. 7-14.
- Clifford, James (2001). *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva posmoderna*. Gedisa, Barcelona.
- Comunidad Fan Española de Indiana Jones (2001-2007). “Capítulos del joven Indy”. En: *Indiana Jones. Comunidad Fan Española*. [En línea] <http://indianajones.es/jovenindy/capitulos.php>, consulta: 20 de febrero de 2008.
- Dube, Saurabh (2006). “Sujetos de la modernidad”. En: *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, Vol. 20, N.º 37, pp. 358-367.
- Firth, Raymond (1974). “Malinowski como científico y como hombre”. En: Firth, R. et al. *Hombre y cultura. La obra de Bronislaw Malinowski*. Siglo XXI, Madrid, pp. 1-17.
- Frazer, James George (1993). *La rama dorada. Magia y religión*. F. C. E., México D. F.

---

6 En la página *web* de una comunidad de fanáticos de las series protagonizadas por los personajes Jones —padre e hijo—, se lee esta sinopsis del episodio referido: “La guerra en Europa termina y comienza una nueva aventura para Indy cuando un hombre agonizante le habla del ‘Ojo del pavo real’, haciendo que tanto él como Remy se embarquen en la más excitante de las aventuras para obtener la preciada posesión de Alejandro Magno. Perseguido por un peligroso tipo con un solo ojo, Indy sigue la pista del diamante desde Londres a Alejandría y a los Mares del Sur, donde se enfrenta a una mortífera banda de piratas chinos. La batalla del abordaje ofrece un sinfín de disparos, peleas con sables y puñetazos. Abandonado a su suerte por los piratas en una remota isla desierta, Indy es capturado por unos Jíbaros salvajes; pero antes de que reduzcan su cabeza y se lo coman, es rescatado por el antropólogo Bronislaw Malinowski, tomando una decisión que cambiará su vida para siempre” (Comunidad Fan Española de Indiana Jones, 2001-2007: en línea).

- \_\_\_\_\_ (2001). "Prefacio". En: Malinowski, Bronislaw. *Los argonautas del Pacífico occidental*. Península, Barcelona, pp. 15-25.
- Geertz, Clifford (1989). *El antropólogo como autor*. Paidós, Barcelona.
- Gluckman, Max (1975). "Datos etnográficos en la antropología social inglesa". En: Llobera, José R. *La antropología como ciencia*. Anagrama, Barcelona, pp. 141-152.
- Guber, Rosana (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Norma, Bogotá.
- Jacorzynski, Witold (2004). *Crepúsculo de los ídolos en la antropología social: más allá de Malinowski y los posmodernistas*. CIESAS-Miguel Ángel Porrúa, México D F.
- Kaberry, Phyllis (1974). "La contribución de Malinowski a los métodos del trabajo de campo y a la literatura etnográfica". En: Firth, R. et al. *Hombre y cultura. La obra de Bronislaw Malinowski*. Siglo XXI, Madrid, pp. 85-109.
- Kuper, Adam (1973). *Antropología y antropólogos. La escuela británica: 1922-1972*. Anagrama, Barcelona.
- Lowie, Robert H. (1946). *Historia de la etnología*. F. C. E., México D. F.
- \_\_\_\_\_ (1972). *La sociedad primitiva*. Amorrortu, Buenos Aires.
- Malinowski, Bronislaw (1971). *La vida sexual de los salvajes del Noroeste de la Melanesia*. Morata, Madrid.
- \_\_\_\_\_ (1989). *Diario de campo en Melanesia*. Júcar, Madrid.
- \_\_\_\_\_ (2001). *Los argonautas del Pacífico occidental*. Península, Barcelona.
- Panoff, Michel (1974). *Malinowski y la antropología*. Labor, Barcelona.
- Pratt, Mary Louise (1991). "Trabajo de campo en lugares comunes". En: Clifford, J. y Marcus, G. E. (eds.). *Retóricas de la antropología*. Júcar, Madrid.
- Stanton, Gareth (1998). "Etnografía, antropología y estudios culturales: vínculos y conexiones". En: Curran, James; Morley, David y Walkerdine, Valerie (comps.). *Estudios culturales y comunicación. Análisis, producción y consumo cultural de las políticas de identidad y el posmodernismo*. Paidós, Barcelona.